

# El *Humorismo* en la literatura mexicana

Por Juan Coronado

Hay dos clases de humor: el amargo y el dulce. El que nace de la bilis derramada y el que nace de la buena leche, de la risa simple y cristalina.

Todos conocemos las dos máscaras del teatro griego: las caras de los dos géneros fundamentales, la tragedia y la comedia. En términos muy generales, la primera mueve los resortes del patetismo, del miedo, de la trascendencia; y la segunda, lo hace con la burla, el ridículo, la intrascendencia. De la tragedia viene el dolor y el llanto; de la comedia viene la alegría y la risa.

Mientras Sófocles nos enfrentaba al patetismo del mundo, Aristófanes nos enfrentaba, en cambio, a lo ridículo de nuestras acciones. El llanto y la risa pueden ser elementos liberadores. La tragedia, según Aristóteles, cumplía una función catártica, es decir, una especie de limpia espiritual. La comedia hacía, también, salir tensiones internas por medio de la risa. El humorismo en la literatura — al menos en la tradición occidental — viene de esa comedia antigua. Y aunque ya no hay límites bien definidos entre esos dos géneros clásicos, podemos decir que el humorismo es hijo legítimo de la comedia griega. Esta pasó al mundo latino en las voces de Plauto y Terencio, por citar sólo los nombres más conocidos. Este género clásico greco-latino tenía como ejes temáticos centrales a la política y al sexo. Y según parece, esto no ha cambiado mucho. La política y el sexo nos siguen dando risa, cuando no dolores de cabeza. Pero nos dan risa porque en el fondo no hemos sabido controlar sus acciones y consecuencias. Estamos transformando lo negro en blanco. Reímos para que el dolor sea menos fuerte. Pensamos que el lamernos las heridas nos va a curar. Y,



Tres estancias de una discusión

claro, si no nos cura, al menos nos alivia un poco.

La historia de la literatura mexicana no presenta muchas páginas que sean motivo de risa. El humorismo en nuestra literatura es penosamente escaso. ¿Será que nunca hemos tenido de qué reírnos? ¿Tan verdaderamente trágica es nuestra historia? ¿Nos da vergüenza reírnos de nosotros mismos? ¿Somos un pueblo esencialmente solemne? A todas estas preguntas contesto con un rotundo NO. Siempre hemos tenido de qué reírnos. Nuestra historia no es ni más ni menos trágica que cualquier otra. Toda la vida no hemos reído de nosotros mismos. No somos un pueblo solemne. ¿Qué es lo que pasa entonces? ¿Por qué es tan escaso el humorismo en nuestra literatura?

Vamos a recorrer — con muy grandes pasos, claro — nuestra historia literaria para ver si encontramos o no, en los diferentes periodos, ese humorismo del que venimos hablando. Lo que ha llegado hasta nosotros de las literaturas maya y azteca no presenta una particular disposición hacia este aspecto. Son literaturas que tienden a lo trascendente, aún en el acto más cotidiano como el contemplar una flor, por ejemplo. Lo religioso, lo filosófico, lo épico y lo lírico, tal como es manejado por estas culturas, no da lugar a la ligereza de la risa. ¿No se reían, acaso, estos pueblos de sus gobernantes? Seguramente sí. Pero no dejaron noticias de ello en sus códices. Quizá en el teatro pudo haber — y algo de eso nos cuenta Sahagún — cierto tono parecido al de la comedia clásica greco-latina. Seguramente lo hubo, como lo ha habido en todas las culturas antiguas. En los tres siglos de Colonia, la literatura novohispana depende

directamente de la literatura peninsular y cumple una función, además de cultural, política. Lo que conocemos de todo ese largo periodo es el lado oficial de una expresión artística. Y ese lado oficial es decididamente solemne. No podían presentar una expresión humorística ni los cronistas del siglo XVI ni los cortesanos del XVII ni los jesuitas del XVIII. Son los constructores de una cultura, vieja y nueva a la vez, y no tienen tiempo para desperdiciarlo en risas. La crítica o la burla que hubiera dado lugar a un humorismo, no se da en la literatura oficial que nos heredó ese periodo. Esto no quiere decir que no existiera ese tipo de expresión, pero recuérdese que ahí estaba la Inquisición vigilando no sólo las posibles herejías religiosas sino también las políticas. La época colonial de México no fue un tiempo propicio al humor. No podemos decir por esto que haya sido un periodo oscuro, no. Se trata solamente de que la literatura tenía otras funciones y no la de la liberación por medio de la risa. En muchas otras manifestaciones culturales o cotidianas se abría el cauce para ese tipo de desahogo. El carácter festivo del mexicano ya estaba presente, aunque todavía en proceso de formación, en el ser novohispano. No obstante todo esto que hemos venido apuntando, el sentido del humor se manifiesta, en momentos, por aquí y por allá en los cronistas, en la literatura barroca y en la escritura neoclásica del XVIII. Nunca es el resorte principal de la escritura, pero sí se da; así, esporádicamente, Bernal Díaz del Castillo, por ejemplo, tiene momentos de muy sabroso humorismo en su monumental *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568). Nuestro dramaturgo barroco, Juan Ruiz de Alarcón, no obstante manejar un género, la comedia, cuyo sentido primordial es provocar la risa, escribe obras divertidas, claro, pero sin el matiz satírico tan acentuado de un Aristófanes o un Lope de Vega. Sus comedias son más bien moralizantes; en el fondo no tiene ese tono desenfadado de otros escritores de comedias. Quizá esto se deba a que no puede hacer una crítica directa al sistema dependiente que vive la Nueva España. La misma Sor Juana tiene por ahí en una de sus comedias, *Los empeños de una casa*, y en composiciones burlescas, una buena dosis de humorismo, aunque siempre

matizado por el tono "gentil y mesurado" del mundo novohispano que ya va mostrando sus peculiaridades con respecto al peninsular. En algunos poetas del siglo XVIII podemos descubrir la capa ligera del humor, sobre todo cuando el régimen colonial se está resquebrajando por todos lados. Pero, como decíamos, estos no son sino ejemplos aislados. En general, la literatura de la Colonia se siente solemne y en busca de lo trascendente. Cuando ya se está fraguando una posible independencia, se empieza a abrir la posibilidad de una mirada

*Don Catrín de la Fachenda, La Quijotita y su prima* y en el famoso *Periquillo sarniento*. Durante el Romanticismo los escritores mexicanos están felices con sus alas nuevas, pero el carácter mismo de esa corriente literaria no deja muchos resquicios para que entre el humor. Hay que formar un espíritu nacional y dar rienda suelta a las efusiones de la sensibilidad individual y ahí no hay tiempo ni cabida para la burla y, mucho menos para lo intrascendente y frívolo. Al ya estar pasando la efusión romántica y empezar a anunciarse el Realismo, la literatura vuelve a tomar



El último despedimiento al reloj de Catedral de México

crítica y con ella el humorismo puede desarrollarse en la sátira de costumbres.

Un ejemplo de esto lo vemos en las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier. Se nos revela ahí un verdadero sentido del humor con unos matices francamente sarcásticos. La sátira de costumbres y el humorismo van de la mano en todas las literaturas del mundo. Un poco después, ya en pleno periodo de Independencia, se nos presenta la literatura con un abierto carácter crítico en un Fernández de Lizardi que se erige en revisor y señalador de las lacras coloniales que todavía aquejan a un país que está apenas estrenando su flamante independencia. El humorismo en Lizardi es ya un elemento primordial en casi todas sus obras. Pero sobre todo en

una dirección crítica y da margen a una posible entrada del humor. Payno en su novela *El hombre de la situación* (1861), maneja un humorismo muy bien conducido. La obra es una sátira de un personaje que termina por convertirse en un estereotipo: el aventurero español que viene en busca de las riquezas (obviamente ya perdidas) del Nuevo Mundo. El humorismo de esta novela es en verdad muy disfrutable. Pero algo pasa en la crítica que considera ésta como una obra menor en relación a otras obras del autor, como *Los bandidos de Río Frío*, por ejemplo. ¿Por qué se sentirá como más importante lo serio y trascendente que lo frívolo y desenfadado? No tengo ahora una respuesta, pero sí veo claramente una predilección por lo serio, de parte de la crítica, que siempre lo asocia a cargas

conceptuales de mayor valor. ¿Lo frívolo y gracioso no es acaso importante y trascendente también? ¿No es una de las obras más importantes de la literatura universal *El Quijote*, una obra graciosa, frívola y juguetona? El humorismo tiene que alcanzar su lugar como categoría estética dentro de la historia de nuestra literatura.

Pero sigamos con nuestra revisión cronológica. En el periodo realista aparece el humor en obras como *El rey bufón* de José María Roa Bárcenas (1827-1908) y en *Las jamonas*, *Historia de Chucho el niño* y *Los fueñeros* de José Tomás de Cuéllar (1830-1894). En estas novelas predomina la crítica de costumbres y el humorismo es uno de los nervios centrales de esa construcción narrativa. En las últimas décadas del siglo XIX, el escritor toma el papel de conciencia crítica de su sociedad y gracias a esto se hace de la sátira una forma importante que sienta sus reales en diferentes expresiones literarias. Los periódicos toman más y más importancia y en sus páginas se practica una cada vez más definida crítica de carácter político. Vicente Riva Palacio (1832-1896), por ejemplo, nos deja magníficas muestras de su humorismo satírico en las páginas de *El ahuiote*. En sus novelas también se deja ver un sentido del humor (*Monja y casada*, *virgen y mártir*), aunque no tan claramente expresado como en sus artículos periodísticos. La literatura en ese momento cumple una función de entretenimiento y, por lo tanto, ofrece mucho margen para el manejo del humorismo. Los últimos momentos de la novela realista se preocupan por el señalamiento de las injusticias y los malos funcionamientos del sistema. Se hace una novela que ahora llamaríamos de "denuncia social". Casi en forma paralela a este tipo de literatura nace el Modernismo, una expresión literaria que gusta de la frivolidad, pero no del humorismo. Hace de la frivolidad un motivo de trascendencia. Según parece, el Modernismo mexicano juega pero no se advierte. Gutiérrez Nájera (1859-1895) practica el humorismo, pero no en su labor de poeta o narrador sino, más bien, en su trabajo de cronista en los periódicos.

Se ha dicho muchas veces que el siglo XX mexicano empieza realmente con la Revolución de 1910. En el caso de la historia literaria esto es totalmente cierto. La primera década del siglo está

impregnada todavía del olor decimonónico. La literatura de la Revolución, por su carácter mismo (épico, documental, histórico), no es motivo de un regocijo o una crítica humorística, sin embargo podemos encontrar algunos momentos en los que se decide liberar la tensión. Esto sobre todo lo hace Rafael F. Muñoz (1889-1972) en relatos como *El feroz cabecilla* (1928), por citar el ejemplo más conocido. Mucho más tarde, Jorge Ibarguengoitia (1928-1984) va a realizar la primera gran parodia del tema revolucionario en su novela *Los relámpagos de agosto* (1964).



Aventuras de un reloj

La literatura mexicana toma su cara verdaderamente moderna y universal gracias, primero, al grupo del Ateneo (que practica primordialmente el género ensayístico) y después, a la generación de los Contemporáneos. En ninguno de los dos grupos cabe el humorismo como preocupación central. Son las generaciones que dan lugar a nuestra cultura contemporánea. Forjan valores nuevos y crean la cara seria de nuestro mundo actual. De esos grupos, únicamente a Salvador Novo (1904-1974) le da tiempo de criticar y burlarse de ese mundo cultural creado por ellos mismos. Novo es nuestro primer gran escritor satírico moderno. Después de ser uno de los poetas de la generación de los Contemporáneos, llega a ser uno de los más diestros exponentes de la ironía y el sarcasmo en la literatura mexicana. Su pluma destila la mejor mala leche que hemos fabricado; la de mayor calidad, sin duda. En los años 40 y 50 predomina una literatura trascendentalista; solemne muchas veces; demasiado solemne en el mayor de los casos. Algún ejemplo de humorismo perdido por ahí no representa nada más allá que un simple pelo en la sopa. En los 60 se empieza a adivinar la crisis que ahora vemos (y sentimos) claramente. El "milagro mexicano" anuncia —muy levemente al principio— su muy próximo y eminente fin. La juventud va tomando fuerza (y conciencia) a lo largo de toda esa década. Los jóvenes participan más activamente, y en mayor cantidad, en las expresiones artísticas y en los problemas políticos y sociales. Los acontecimientos del 68 rompen con la posibilidad de crecimiento de esa participación e inician una etapa de desesperanza, impotencia y paulatina precipitación en la crisis general que ahora nos afecta. Literariamente esa fuerza juvenil de los 60 se pone de manifiesto en la llamada literatura de la onda. Otra vez la conciencia de una crisis prepara una tierra propicia para la germinación de una literatura crítica. Se empieza por poner en entredicho las formas tradicionales de narrar y se lleva a cabo una serie de experimentaciones en este terreno. (Ya Revueltas, Yáñez, Fuentes y Rulfo habían abierto el camino, naturalmente). No hay humorismo en esa tarea. Un poco más tarde, la crítica se extiende al sistema de valores que se está viviendo y ahí sí tiene cabida el humor; es quizá un humor

agrio. Se está entonces ante la posibilidad de desacralización de los valores establecidos. A partir de entonces tenemos la necesidad de romper con lo establecido y sentimos que la mejor arma es la burla. La literatura de la onda (a pesar de que cada vez pierde más sus quizá no bien cimentados valores literarios *intrínsecos*) sirve a la historia literaria de México como el principio del periodo de un rompimiento de tabúes. La familia, el sexo, la patria, el sistema político, el sistema social y la ideología,

1966 José Agustín publica *De perfil*, donde se ve más claramente esa rebeldía juvenil de su primera obra. *Gazapo* de Gustavo Sainz había ya practicado una desolemnización similar el año anterior. En ambas novelas el humor es ya un arma que sabe cortar donde más duele. Quizá el movimiento de la onda no acaba de cuajar totalmente, sin embargo, prepara el terreno para que se escriba una literatura mucho más desenfadada y más libre. Jorge Ibarguengoitia se va a señalar, cada vez más claramente, como un verdadero

ciencia ficción. Nuestra forma de sociedad y cultura no permite ese tipo de especialización en el trabajo literario. No hay un público lector que pida directamente esa clase de productos. Otros medios de comunicación cubren esas demandas. Nuestro humorismo literario es un instrumento para la crítica y no ha creado un subgénero narrativo específico. Nos ha ayudado a quitarle a nuestra expresión literaria la enorme carga de solemnidad que llevamos sobre la espalda. Sobre todo en los últimos años se ha desarrollado con más fuerza el humor antioleomne de nuestra literatura. Se ha llegado incluso a sentir como ingenuo (a la distancia de 20 años) el tipo de rebeldía y humorismo de la onda. El rock suave ha sido sustituido por el *heavy metal*. Carlos Monsiváis, por ejemplo, es dueño absoluto de un muy corrosivo sentido del humor. Como muestra sería suficiente señalar su *Nuevo catecismo para indios remisos* (1982) y sus crónicas *Días de guardar* (1970) y *Amor perdido* (1977). Augusto Monterroso maneja la punta más fina de la ironía y el humorismo. Para descubrirlo basta hojear cualquiera de sus libros, *Lo demás es silencio* (1978), *La oveja negra* (1969), *Movimiento perpetuo* (1972), por sólo poner unos ejemplos. Luis Zapata en *El vampiro de la colonia Roma* (1979) y en *Melodrama* (1983) saca del clóset, acompañada de un estupendo sentido del humor, a la literatura de tema homosexual. Angeles Mastretta le vuelve a poner la puntilla humorística nuestra historia posrevolucionaria con su irreverente y magnífica novela *Arráncame la vida* (1985). Como este enlistado se está haciendo tedioso (y esto es imperdonable, sobre todo cuando estamos hablando del humorismo) mejor ya nos callamos pa que no entren más moscas donde no so bienvenidas. Hemos terminado, por fin, nuestro lar y superficial recorrido por la literatura mexicana en busca del sentido del humor. Nos hemos dado cuenta de que casi se podría decir que brilla por su ausencia. Se tendrá que hacer una investigación más detenida. Y lo que hemos presentado ahora no ha sido más que un primer acercamiento. Un panorama como éste es necesario para entrar posteriormente en los detalles aunque quizá, a fin de cuentas, no estamos preparados todavía para que algo nos cauce risa. ◇



Pleito de suegras

son puestos en el tapete para despojarlos de su carga imperativa y hacerlos más ligeros por medio del sarcasmo. Es aquí, precisamente, donde se va a poder desenvolver más a sus anchas el humorismo. En 1964 se publica, como ya dijimos, la novela de Ibarguengoitia, *Los relámpagos de agosto*. Nos podemos ya burlar de nuestra historia más inmediata. Ese mismo año se publica también *La tumba* de José Agustín que es el primer grito de la falta de respeto de los jóvenes por el mundo adulto. Esta desacralización de valores se va a realizar por medio de un relajamiento que llega gracias a la risa, gracias al empleo del humor. Va a ser desde entonces cuando, en verdad, el sexo nos da risa, la familia nos da risa, el orden nos da risa, el sistema político nos da risa, la literatura nos da risa, nuestra propia figura en el espejo nos da risa. En

maestro en el manejo del humorismo. Toca todas las gamas de este mecanismo, desde el humor más negro (*Las muertas*) hasta el humor más blanco e ingenuo (*Viajes por la América ignota*), pasando por la desacralización de nuestra propia historia (*Los pasos de López*) y de los estereotipos universales (*La ley de Herodes*). Otro escritor que ha tocado muy frecuentemente, y siempre de mejor manera el humorismo, es Ricardo Garibay. *Las glorias del gran Púas* (1978), *Acapulco* (1979) y *Par de reyes* (1983), nos muestran su cada vez más libre dominio de una escritura desenfadada y llena de humor. Volvemos a descubrir que el humor y la crítica van siempre emparejados en nuestros escritores. En México no hay escritores estrictamente humoristas, como no hay escritores de novela policiaca o de